cuenta. El padre nada ha de gastar haciendola monja, porque una tia suya toma á su cargo pagar todos los gastos si toma el velo; pero si se casa, ni un maravedí. Debe sin duda estar muy reñida esa señora tia con el santo matrimonio. = ¿Sabeis qué cena tenemos? = Proveí quatro pollos, y un guisado de ternera, á mas de lo que pone de lo suyo el mesonero, que no sé si será cordero mortecino, ó liebre de tejado, pues no hay aqui que fiar. = Procura informarte quien es ese mozo que acaba de llegar, pues me pareció muy persona, y traeme la respuesta.

Eusebio vuelve al quarto, donde contó á Hardyl lo que le acababa de decir Altano, y el encargo que habia hecho á éste de informarse de un mozo muy apuesto que habia llegado al meson. Volvió Altano de allí á poco con la respuesta, diciendo que se habia querido informar del mesonero si conocia al mozo, y que éste le respondió, que no lo habia visto hasta entonces: que luego encontrandose con el hombre que llegó en su compañia, se lo preguntó tambien, pero que lo habia enviado enhoramala. No importa, le dice Eusebio, vé en derechura al mismo mozo, y dile de mi parte: que atendidas las circunstancias del meson, y el ser ya tarde, me

haría un singular favor si quisiera honrar con su compañia nuestra cena, y que perdone esta libertad á la aficion que me ha merecido.

Altano fue á cumplir con este nuevo encargo; pero volvió inmediatamente diciendo á Eusebio, que el mozo agradecia su atencion, y que la apreciaba sumamente, pero que no la podia aceptar por hallarse impedido, y que á boca le renovaria las gracias que le enviaba. Oida esta respuesta, Hardyl y Eusebio se pusieron luego á cenar, hablando en voz baxa para no interumpir á los del quarto inmediato, que poco despues de la cena parecia que rezaban el rosario, sin oirse la voz de Gabriela; y que inmediatamente se fueron á la cama, segun podian conjeturar por el silencio que guardaban. Esto mismo los obligó á acostarse tambien ellos despues que cenaron, para no dar molestia, ni quitar el sueño á los vecinos.

Al cabo de una hora que estaban acostados, no pudiendo tomar el sueño Eusebio por la mala cama, y por los pensamientos que le excitaba la desgracia de la doncella, oye el son de un laud que templaban en el corral, y que luego punteaban y tañian tan delicadamente, que tuvo suspensa y muy

desvelada su atencion, mucho mas, quando oyó una voz suave que acompañaba al dulce sonido, y que decia:

Callad vagas corrientes:
Suspended tristes aves el gemido;
Y á las quejas ardientes
De amante adolorido,
Presta, viento, y tú noche, atento oido.
Con suave mirada
La reyna de los astros, desde el cielo,
Parece que apiadada
Quiera aliviar mi duelo,
Y darle, mas en vano, algun consuelo.
Pues Gabriela no es ella,
Ni soy yo el pastor Lamio. Ah! no: sobrado,
En eterna querella,
Me trae desvelado
El amor. ¿Quién supéra á un cruel hado?
Oid, con todo, ó fuentes,
Y tú, casta Diana, y noche y viento,
Y vosotros lucientes
Soles del firmamento,
De mi amor el terrible juramento.
De aqueste mi amor puro,
Que hará mia á Gabriela con la muerte,
(Ante el cielo lo juro)
Si asi mi pecho fuerte

Puede solo vencer su cruel suerte.
Pudiera, sí, pudiera,
Armado de perfidia mi deseo,
Averla, si quisiera
Usar como Teséo
Con la esposa del hijo de un Atréo.
Mas altanero monte
Que Atlante me haga frente: can mas fiero
Me oponga el Flegetonte,
Que el Trifauce cerbero,
Corto precio de amor tan lisonjero!
¡Mas hay! porque es mas fiera,
Que todos esos monstruos la crueza
De un padre, á quien venera
Mi ardiente fortaleza:
¡Ah¡ tu padre acobarda mi entereza.
¡Otro arbitrio no queda,
No, no queda á mi amor que el mortal lecho!
¿A éste quien me veda
Llevar mi osado pecho?
Usaré, sí, usaré de este derecho.
Sea el cielo testigo
De mi fiel juramento. Tal protesta,
Harála ese enemigo
De un casto amor, funesta;
Mas serás antes mia, que de Vesta.
Selle pues en tus brazos
Mi sangre esta promesa. Si asi muero,

(¡ Cielos ! ¿ en tus brazos ? . . .)
Otro lecho no quiero :
Alce tu padre pues su injusto acero.

Atonitos quedaron Eusebio y Hardyl, á quien Eusebio dispertó inmediatamente, para que oyese el canto del amante de Gabriela, pues tan á cara descubierta, por tal se declaraba, no dudando ellos que fuese el jóven á quien quiso Eusebio convidar á cenar. Ni sabian que admirar mas, si la destreza en tañer aquel suave instrumento, ó si los honrados sentimientos que el mozo manifestaba en la cancion, que no les pareció de vulgar poesía: é inferian que si no era exâgeracion de poëta, y de poëta enamorado, lo que insinuaba; y si llegaba á poner en execucion su juramento como lo manifestaban, no solo sus expresiones, sino tambien su llegada al meson, no podia dexar de haber al otro dia algun lance funesto; pues combinaba Eusebio lo que le habia contado Altano de la amenaza que hizo el padre de Gabriela á su amante, con lo que este declaraba en la cancion.

El modo como esto podria suceder, el encuentro de los amantes, el enojo de los padres, y lo que se dirian y harian, fueron la

meteria de los pensamientos con que cebaba Eusebio su desvelada imaginacion, representandose en idea de mil maneras el lance; pero todas ellas muy diversas del modo como sucedió, aunque empeñaron tan vivamente su fantasia, que apenas pudo cerrar los ojos en toda aquella larga noche, cuyo silencio rompian de quando en quando algunos suspiros ardientes que oía en el quarto inmediato, y que comenzaron luego que el mozo acabó de cantar: de donde infirió Eusebio que estuviese en él la desgraciada Gabriela, en cuyo pecho no pudieron dexar de hacer una fuerte impresion los resolutos sentimientos de su amante.

De esta manera pasó aquella noche, hasta que, con el dia, oyó que comenzaba á bullir la gente en el meson. Y no pudiendo perseverar mas tiempo en aquella dura cama, impelido á mas de esto de la agitacion que le habian causado sus recelos y pensamientos, se viste, y baxa para ver si podia dar con el jóven y hablarle. Gil Altano, Taydor, y los cocheros, dormian todavia en el pajar: y sabiendo del mesonero que dormia tambien alli el mozo por quien preguntaba, no atreviendose á hacerlo dispertar, se puso á pasear por el zaguan; hasta que

(¡ Cielos ! ¿ en tus brazos ? . . .)
Otro lecho no quiero :
Alce tu padre pues su injusto acero.

Atonitos quedaron Eusebio y Hardyl, á quien Eusebio dispertó inmediatamente, para que oyese el canto del amante de Gabriela, pues tan á cara descubierta, por tal se declaraba, no dudando ellos que fuese el jóven á quien quiso Eusebio convidar á cenar. Ni sabian que admirar mas, si la destreza en tañer aquel suave instrumento, ó si los honrados sentimientos que el mozo manifestaba en la cancion, que no les pareció de vulgar poesía: é inferian que si no era exâgeracion de poëta, y de poëta enamorado, lo que insinuaba; y si llegaba á poner en execucion su juramento como lo manifestaban, no solo sus expresiones, sino tambien su llegada al meson, no podia dexar de haber al otro dia algun lance funesto; pues combinaba Eusebio lo que le habia contado Altano de la amenaza que hizo el padre de Gabriela á su amante, con lo que este declaraba en la cancion.

El modo como esto podria suceder, el encuentro de los amantes, el enojo de los padres, y lo que se dirian y harian, fueron la

meteria de los pensamientos con que cebaba Eusebio su desvelada imaginacion, representandose en idea de mil maneras el lance; pero todas ellas muy diversas del modo como sucedió, aunque empeñaron tan vivamente su fantasia, que apenas pudo cerrar los ojos en toda aquella larga noche, cuyo silencio rompian de quando en quando algunos suspiros ardientes que oía en el quarto inmediato, y que comenzaron luego que el mozo acabó de cantar: de donde infirió Eusebio que estuviese en él la desgraciada Gabriela, en cuyo pecho no pudieron dexar de hacer una fuerte impresion los resolutos sentimientos de su amante.

De esta manera pasó aquella noche, hasta que, con el dia, oyó que comenzaba á bullir la gente en el meson. Y no pudiendo perseverar mas tiempo en aquella dura cama, impelido á mas de esto de la agitacion que le habian causado sus recelos y pensamientos, se viste, y baxa para ver si podia dar con el jóven y hablarle. Gil Altano, Taydor, y los cocheros, dormian todavia en el pajar: y sabiendo del mesonero que dormia tambien alli el mozo por quien preguntaba, no atreviendose á hacerlo dispertar, se puso á pasear por el zaguan; hasta que

viendo subir y baxar el criado del caballero y la mesonera, determinó volver al quarto para dispertar á Hardyl, á quien habia dexado dormido. Pero hallandolo vestido, y que le hacia seña con la mano de callar, acercóse á él, oyendo los dos que cuchicheaban reciamente en el quarto vecino, como si hablasen con calor, en voz baxa, para no ser oidos, aunque se oía claramente el llanto de Gabriela, mezclado de algunas exclamaciones suyas.

Mas como el enojo encendido pierde todo repáro y respetos, oyeron luego una voz recia que decia: vendrá, no lo dudeis: las ha de ver conmigo esa atrevida revoltosa. = ¡O cielos, quán desdichada nací! quánto mejor hubiera sido que hubiese nacido labradora infeliz! = Ea, á ponerse el manto y la basquiña, y cuidado que te oyga mas chistar, pues de un bofeton te desharé los dientes. = Por Dios, padre mio, por las entrañas de Maria Santisima, ruego á Vmd. no quiera ser causa de mi perdicion, de mi eterna perdicion: me veré la muger mas desesperada en el convento: no quiera Vmd. exponerme á maldecir para siempre de mi exîstencia. = ¿Pues qué, quieres provocar mi paciencia? = Vamos, hija mia, obedece á

tu padre: sabes que malas burlas tiene; ponte luego la basquiña. = No es posible: madre mia, por Dios, ampáreme Vmd.: me causa todo horror: no será posible que dé un paso hácia el convento. = ¿No será posible, desvergonzada? toma: toma, le decia el padre furioso, dandole bofetadas y golpes que resonaban en el quarto, en que Hardyl y Eusebio los recibian en el corazon.

La madre y Don Julian parecia que se pusiesen de por medio, diciendo: basta, Don Pedro; desista Vmd. que ella obedecerá. = ¡O cielos, ó cielos! exclamaba Gabriela sollozando: infeliz de mí! para qué quiero la vida, si despues de ser tratada como vil esclava, he de ser llevada á golpes al calabozo de mi condenacion! = Infame, deslenguada: sí, á golpes te conduciré á ese calabozo, decia el padre, descargando en sus mexillas mas recias bofetadas; é implorando ella los cielos, los santos, la humanidad, todo lo mas sagrado, menguando el eco de sus exclamaciones y sollozos, al paso que la arrastraban por fuerza, segun parecia, á otro quarto, palpitando el corazon de Eusebio, y enterneciendose por la desdichada Gabriela, pareciendole que la llevasen por fuerza al convento.

Vamos abaxo, Hardyl, le dice Eusebio; pues temo que suceda algun funesto lance: me lo está diciendo el corazon, y no he podido sacudir las tristes representaciones que me han tenido desvelado toda la noche despues que oí la cancion del mozo. = Lance lo temo yo tambien, atendidas las circunstancias de los amantes, y la desesperacion de Gabriela; pero no veo por qué deba ser funesto. Vamos, con todo, por lo que pueda suceder; pues deseára tambien que se me proporcionase ocasion para decir al padre de Gabriela mis sentimientos sobre su cruel y desnaturado proceder.

Al tiempo que baxaban, vieron al pie de la escalera al hombre que habia venido con el mozo, que estaba hablando en secreto con el criado de los padres de Gabriela, del qual se separó, luego que oyó y vió que baxaban Hardyl y Eusebio, para ir sin duda á avisar á su amo; pues apenas habian andado el zaguan, y paradose á la puerta del meson, que vieron entrar por la del corral al uno y al otro, encaminandose en derechura el mozo para Eusebio, á quien preguntó si era Don Eusebio M. . . = Para servir á Vmd. = Agradezco esta nueva atencion, y esperaba momento para agradecer en persona la que

Vmd. se dignó usar conmigo ayer noche con tanta cortesia, y á pedirle al mismo tiempo excusa, si dexé de aceptarla, pues no procedió ciertamente por falta de voluntad y de reconocimiento. = Sin ese exceso de la cortesia de Vmd. estaba ya muy persuadido de su noble corazon. . . .

Las pisadas de la familia del caballero que baxaba la escalera turbaron de tal manera al mozo, que cortando el discurso á Eusebio, y separandose de él dos ó tres pasos hácia atrás, mas pálido y consternado de lo que antes lo estaba, dió la espalda á los que baxaban, de modo que no pudiera ser conocido á primera vista, fixando primero los ojos en el suelo como pensativo, luego buscando con la cabeza y ojos de soslayo á su Gabriela. Eusebio, á quien habia dexado con la palabra en la boca la consternada separacion del mozo, no dudó por la palpitacion que sentia, y por la tristeza y ademan del mismo, que fuese á executar lo que habia prometido en la cancion.

Oianse ya en el zaguan los gemidos de Gabriela que baxaba la escalera, acompañada de Don Julian, siguiendolos algo apartados los padres. Eusebio, fixando entonces los ojos en el mozo, veía temblarle las piernas,

y echaba de ver la osada consternacion que animaba su rostro, aunque lo tenia medio vuelto hácia la escalera, especialmente quando vió comparecer á Gabriela. Esta, al poner los pies en el zaguan, se para, abrasando con una encendida mirada los que allí se hallaban: el manto mal puesto dexó ver la consternada hermosura de su rostro bañado de lágrimas. El impetu con que al instante se encaminó hácia el mozo, mostró que lo habia conocido, aunque éste estaba todavia medio vuelto de espaldas; y él, conociendole el ademan, se vuelve de repente, dobla una rodilla en tierra, y le abre los brazos, en que ella se precipita llevada de su desesperacion, diciendo: ¡ó Don Fernando, ó mi Don Fernando!

¡O divina Gabriela! dixo él; y sin levantar la rodilla del suelo, ciñendole el brazo izquierdo por la cintura, estendió el derecho hácia Don Julian que llegaba diciendo: ¡qué es lo que veo! ¿qué traicion es esta? Y Don Fernando le responde: esta es y será mi esposa; y ella, apretada como estaba del brazo de su amante, le dice tambien: este es mi esposo Don Fernando, quedando atónitos y suspensos, entre la admiracion y el temor, los ánimos de Hardyl y de Eusebio que estaban allí presentes.

Entretanto, el padre baxó la escalera, bien ageno de aquel caso; pero al reconocer á Don Fernando que tenia abrazada á su hija, encendido en furor, y atizado su enojo de las voces de Don Julian, é impelido del rencor de su venganza, desenvayna la espada, diciendo: ¡ah traidores! me lo pagaréis; y dicho esto, arremete hácia Don Fernando. Este, al verlo venir, sin soltar á Gabriela, descubre con la derecha su pecho, diciendole: al precio de mi vida vine á obtener de un padre la hija, que pudiera obtener con medios menos nobles. Don Pedro, sola la muerte me la sacará del brazo; si á este precio me la quereis quitar, herid: este es mi pecho sin defensa.

Dió tiempo á Don Fernando para decir esto la fuerza con que la madre se abrazó con su marido, al verlo con la espada desenvaynada, implorando ayuda á gritos. Acudieron los criados y cocheros de Eusebio, y el de Don Fernando, que venia con la espada desenvaynada para defender á su amo, y resuelto á matar á Don Pedro; pero se contuvo viendolo tambien á él contenido de su muger y de Hardyl. Este, habiendose acercado mientras su muger lo tenia abrazado,